

Els Ports, 3 de agosto de 1898

Las estrellas temblaban en la noche como fuegos de tribus lejanas en el inmenso bosque cósmico.

Un muchacho escuálido, vestido de pana y calzado con alpargatas, desollaba, valiéndose de su navaja, una liebre cazada aquella misma tarde. A su lado, un joven varios años mayor azuzaba una pequeña hoguera. El viento que lamía las rocas de un paisaje casi lunar amenazaba con frustrar la cena, pero Manuel protegía la lumbre con su cuerpo fibrado, hecho a las largas caminatas en la tierra de sus padres.

Desde que había acogido a Pablo, su compinche en la escuela de Bellas Artes, los parajes de Horta de Sant Joan se habían convertido en un escenario de aventura. Tan pronto como el huésped se había repuesto de los estragos de la escarlatina, se habían echado al monte cargados con caballetes, pinturas y provisiones para varias semanas.

Hacía ya quince días que llevaban una vida de robinsones en una exigua cueva. Dormían sobre un lecho de hierba, se refrescaban en un riachuelo cercano y cazaban lo que podían, como los hombres que les habían precedido cientos de miles de años atrás.

Durante el día, el techo relativamente plano de la cueva les servía de atelier. Desde aquel observatorio trataban de plasmar en sus lienzos la escarpada montaña de Santa Bárbara.

—Estás muy callado esta noche —dijo Manuel mientras luchaba por reavivar la danza de las llamas—. ¿Todavía no se te ha pasado el susto?

Pablo dejó la pieza, ya troceada, sobre una piedra lisa antes de responder:

—No es eso, aunque te agradezco que me hayas salvado la vida. Si no me hubieras sujetado, me habría despeñado y ahogado en el río.

—Es increíble que siendo malagueño no sepas nadar.

—Bueno, sólo estuve ahí hasta los diez años.

—Ya, pero también Barcelona tiene mar. ¿Es que nunca vas a la playa o qué?

—Sólo voy a dibujar a las bañistas de buen ver, ya me conoces —repuso con una sonrisa pícar—. ¿Cómo van esos fogones?

—Regular, pero con un poco de suerte podremos cocer la liebre directamente sobre las brasas. ¿Me acercas el vino?

Pablo gateó hasta el interior de la cueva, donde dormían y guardaban su despensa, y salió con una bota de piel áspera y ennegrecida. Aunque sólo tenía 15 años, dió un buen trago antes de lanzarla a su amigo, que la cazó con ambas manos y se la llevó al gznate. El poderoso caldo de las viñas abrasadas por el sol devolvió a Manuel a su anterior pregunta:

—Todavía no me has dicho lo que te pasa. Si ya te has olvidado del barranco y del río, ¿qué te preocupa?

—No es una preocupación, sino un misterio que me ronda por la cabeza. Llevo dándole vueltas desde que hemos visto aquella estrella fugaz.

Manuel se sentó al lado del fuego y, mientras lo protegía con sus grandes manos, le preguntó:

—¿De qué misterio hablas? Espero que no te vuelvas un místico pesado como san Salvador.

—Me refiero a otra clase de misterio... Al ver esa bola de fuego he pensado en los grandes artistas: Leonardo, Velázquez, Cézanne... Hasta cierto momento de su vida fueron personas vulgares, como tú y yo, unos pobres diablos que buscan su propio estilo como tantos otros miles.

—No sé adónde quieres ir a parar.

—Yo tampoco, por eso te lo explico. Todos esos aprendices de brujo tuvieron que descubrir, antes o después, una fórmula que los demás no conocían para romper moldes. ¿Qué tenían ellos que les falta a la inmensa mayoría de los mortales?

—Talento.

Manuel había empezado a disponer los pedazos de carne sobre las brasas, una vez extinguidas las llamas.

—No basta con eso —repuso Pablo ensimismado—. En La Llotja hay muchos tipos con talento que tú y yo sabemos que no llegarán a nada. Sin ir más lejos, los profesores.

—¡Ja! Sé en quién estás pensando. Volviendo a tu pregunta, si no basta con el talento... ¿qué más hay que tener? ¿Constancia?

—Tampoco. El mundo está lleno de gente con talento y constancia que no pasarán de ser buenos artesanos. Me refiero a los genios. ¿Cuál es su secreto? ¿Dónde han encontrado la chispa divina que les hace tan distintos al resto?

Manuel se encogió de hombros. Acto seguido, movió la carne con una rama seca para que no se quemara antes de tiempo. Entendía la inquietud de su amigo, aunque personalmente se sentía más artesano que artista. Pese a que siempre obtenía las máximas calificaciones, todo su mérito residía en reproducir lo que veía lo más fielmente posible.

—¿Crees que un genio, entonces, en lugar de copiar la naturaleza debe superarla? —reflexionó Manuel en voz alta sin apartar la mirada de las brasas—. ¿Es de algún modo un ser sobrenatural? ¿Un mago?

—¡Eso me ha gustado! Un mago, sí señor. Para ser un genio, además de talento y constancia, hay que tomar contacto con la magia. Todo aquel que hace cosas extraordinarias ha adquirido un don misterioso. ¿No dicen que Jesús fue un extraño mago? De lo contrario no habría podido caminar sobre las aguas.

—Cállate, vamos. Y cenemos ya, que la carne está a punto de convertirse en carbón. ¿Es eso magia?

Pablo abrió su navaja y pinchó con ella una pata de liebre. Bajo una capa chamuscada, la carne aún estaba cruda. Luego devolvió la mirada a los astros, como si sólo ellos tuvieran la respuesta a lo que le rondaba por la cabeza desde que se había salvado de caer al río desde el precipicio.

No podía sospechar que, muy cerca de la cueva que habían tomado como chamanes, se hallaba un secreto que cambiaría para siempre su vida y, con ella, la faz del esperado siglo xx.

PRIMERA PARTE
Isla de Buda

1

El túnel entre la periferia de Barcelona y Sitges parecía una enorme boca de lobo a punto de engullirme. De momento ya se había tragado 4,85 euros de mi bolsillo para un trayecto de apenas doce kilómetros.

Mientras mi Seat Ibiza se internaba en los intestinos que excavan el macizo del Garraf, me dije que aquel trabajo olía a chamusquina. Mi experiencia con los marchantes de arte me había demostrado que nunca juegan con las cartas sobre la mesa. En el caso de mi cliente, un tal Steiner, se sumaba el agravante de que su especialidad —eso rezaba su tarjeta— era recuperar obras perdidas. Dicho de otro modo, se dedicaba a recomprar arte robado.

Antes de la visita, había rastreado su web para saber con quién me las tendría, en caso de aceptar su propuesta. En el portal de su galería había un retrato suyo que resultaba como mínimo inquietante. Mostraba un hombre atlético en los inicios de la cuarentena, como yo, pero con la piel reluciente y sin una sola arruga. Cabeza rasurada y gafas con montura roja, a juego con la camisa de seda. Los pantalones blancos ceñidos revelaban que formaba parte de la colonia extranjera gay que permite a Sitges tener una población estable todo el año.

En la fotografía, Steiner estaba sentado en una especie de trono de estilo modernista, lo cual ya era grotesco. Pero aún me había llamado más la atención el bastón que sostenía entre las rodillas. La vara de madera blanca estaba rematada con una curiosa empuñadura de plata: la cabeza de una rata con dos rubíes en los ojos.

Tras aparcar cerca de la estación de Sitges, tomé una calle estrecha que bajaba hasta una pequeña elevación. Edificios modernistas como el Cau Ferrat acompañaban la iglesia del pueblo frente al mar. Según mi mapa, cerca de allí se hallaba la guarida de mi presunto cliente.

Me perdí varias veces por el laberinto de callejones hasta dar con la dirección exacta. Se correspondía con un palacete blanco inmaculado con maceteros de geranios en el balcón. Parecía más una propiedad de veraneo que una galería, pero aun así pulsé el timbre junto a la puerta de hierro forjado.

Mi alemán de la universidad me sirvió para descifrar la placa bajo el pulsador.

STEINER Gallerie

Wir finden was unfindbar ist*

Un «clac» metálico anunció que la puerta se había abierto. Al empujarla, liberó un chirrido y me di cuenta de que pesaba como un muerto, lo que me hizo dudar del tráfico de clientes en aquella galería.

La planta baja parecía un almacén de fantasmas, ya que estaba llena de esculturas cubiertas con sábanas. Mis ojos buscaron en la penumbra alguna puerta que llevara a un lugar habitado. Como si me estuvieran vigilando por un circuito cerrado, de repente una voz grave se hizo oír por megafonía:

«Detrás de la cortina.»

Me dirigí instintivamente hacia la única pared libre de esculturas. Efectivamente, topé con la gruesa tela que separaba aquel espacio de un sector más diáfano de la galería.

Al otro lado me deslumbró la claridad de un salón decorado con un gusto dudoso. Sobre las baldosas con filigranas modernistas convivían esculturas geométricas de Henry Moore

* Del alemán, «GALERÍA STEINER. Encontramos lo inencontrable».

junto a vírgenes y santos en sus pedestales. Del altísimo techo colgaba un móvil de Calder formado por placas rojas suspendidas a distintos niveles. Junto a éste, una pesada lámpara de araña parecía desgarrar una grieta abierta en pleno anclaje.

Me aparté de aquel peligro y me dirigí al final de la estancia. A mano derecha estaba la escalera hacia el primer piso. Antes de que pudiera dudar de si era aquel el camino, la misma voz dijo:

«Sí, es por aquí.»

Cuatro tramos de peldaños desiguales llevaban hasta un enorme taller con piezas en restauración. En el centro reconocí al hombre de la fotografía, que en aquel momento examinaba, bastón en mano, algo parecido a un clavicordio. Al verme entrar, esbozó una sonrisa exagerada y se adelantó con agilidad para recibirme.

Al estrechar su mano, recordé súbitamente una frase que mi abuelo me había dicho en una ocasión: «*Nunca te fíes de un hombre que lleva bastón y no es cojo*».

2

—¿Un poco de malvasía?

Sin esperar mi respuesta, Steiner llenó dos copas de cristal de roca con aquel vino empalagoso de color miel. Me había invitado a sentarme en un saloncito al final del taller. Desde el ventanal se divisaba una playa poco concurrida a aquella hora de la tarde.

—En la Edad Media se consideraba una medicina —explicó en perfecto castellano mientras se acercaba el brebaje a la nariz—. La malvasía sale citada incluso en *Tirante el Blanco*, no sé si conocerá usted la novela. Se escribió en 1490, poco después de la invención de la imprenta.

—He oído hablar de ella —repuse molesto.

Intuía que aquel alemán era de los que consideran a los norteamericanos unos ignorantes a los que hay que explicar absolutamente todo. Antes de que me siguiera sermoneando, decidí conducir la conversación hacia el motivo del encuentro.

—Me ha parecido ver en la planta baja un par de piezas de Moore. ¿Son auténticas?

—Desde luego —dijo con un tono súbitamente serio y profesional—. Yo no trabajo con reproducciones. Todo lo que ha visto ahí son originales, más las obras que duermen en el sótano a temperatura controlada. En mi catálogo tengo siempre un centenar de primeras firmas. Ése es mi negocio.

—¿Y no tiene miedo de que entren a robar? —pregunté adoptando el papel de yanqui simplón que se esperaba de mí—. Quiero decir, yo no dormiría tranquilo si tuviera en mi casa una colección que vale millones.

—Ni yo tampoco, si no hubiera tomado precauciones. Tengo un seguro que cubre parte del valor de las piezas. Para poderlo suscribir, la compañía me obligó a instalar un sistema de detectores digno del mejor museo. Ni en el Cau Ferrat, donde hay pinturas de El Greco y Picasso, tienen estas medidas de seguridad. Pero existe algo mejor que las células fotoeléctricas para mantener alejados a los intrusos.

Mientras decía esto, apretaba con fuerza el puño del bastón. Los ojitos rojos de la rata lucían entre los finos dedos del galerista, que parecía no tener prisa para tratar lo que me había llevado hasta allí.

—La desinformación, ése es el mejor repelente contra los ladrones —prosiguió—. Mi catálogo no se edita en papel ni tampoco se encuentra en mi web. Cuando entró usted a investigar esta mañana, ya vio que no se menciona ninguna clase de colección. Apenas recibo visitas en la galería, así que nadie sabe lo que tengo, fuera de una red de clientes muy exclusiva y discreta.

—Ahora yo estoy también en el secreto —le recordé, incómodo por haber sido detectado en su web—. ¿No teme que pueda contar a otros lo que tiene aquí dentro?

—Bueno, lo cierto es que usted no sabe lo que hay. Las esculturas amorfas de Moore y el juguetito de Calder son baratijas en comparación con otras obras que tengo aquí aparcadas. No voy a entrar en detalles, pero se sorprendería de saber...

—Tampoco me interesa —le interrumpí—. De hecho, se está haciendo tarde, así que me gustaría que habláramos de la naturaleza del encargo. Sospecho que no seré el hombre adecuado. Puesto que ha llegado hasta mí, ya debe de saber que soy un simple periodista de investigación. Busco fuentes, me documento, escribo artículos de fondo. Esa clase de cosas. No veo cómo podría serle útil...

Steiner hizo girar la cabeza de rata sobre el bastón mientras sus labios esbozaban una leve sonrisa. La última luz de la

tarde se desplomaba sobre la playa donde, curiosamente, había aumentado la afluencia de bañistas.

—Igual que a usted, a mí antes de encargarme un trabajo me gusta rastrear el currículum de quien va a realizarlo —dijo al fin—. Y el suyo es altamente interesante. Si no me equivoco, encontró usted una fotografía inédita de Himmler en Montserrat. Creo también que estuvo involucrado en la recuperación de una cómoda robada en el barrio judío de Gerona*. Debió de ser una aventura fascinante...

—¿Quién le ha dado esa información? —repuse asustado—. No creo que en Internet esté colgado mi currículum vitae. En cualquier caso, le informo que he dejado de hacer esa clase de trabajos.

—Es comprensible. Eso que yo entiendo como una labor admirable, para otros puede ser simplemente una actividad delictiva. Es sólo una cuestión de etiquetas.

—¿Me está usted chantajeando?

—Por favor, no me malinterprete.

—Intuyo que si no acepto el encargo, esa «labor admirable» puede llegar a oídos de las personas equivocadas. ¿No es así?

—Jamás haría algo así —aseguró Steiner mientras me llenaba la copa por segunda vez—. Como todo galerista soy un ladrón, pero tengo mis principios. Uno de ellos es no delatar a quien arriesga su vida por recuperar un pedazo del pasado. Nos dedicamos a lo mismo, amigo.

—Todavía no me ha dicho quién le ha revelado lo de la fotografía y...

—Eso da igual —me cortó—. Al final, la gente que mueve dinero es siempre la misma. Son pocos y uno los va conociendo. Cuando buscas a un especialista en algo difícil te van guiando en la dirección adecuada. Así fue como di con usted.

* Ver *El Cuarto Reino* y *La Profecía* 2013.

Una vez se sabe «quién», el resto es muy fácil: en la Red se encuentra cualquier dirección de correo electrónico.

Aquel discurso lleno de rodeos me resultaba agotador. Aún no sabía en qué consistía el trabajo y ya tenía ganas de dejarlo. El galerista volvió a la carga:

—Supongo que le ha intrigado lo que ha leído en mi placa: encontrar lo inencontrable. Sobre todo después de saber que tengo tantas piezas.

—Si han llegado hasta aquí, no eran tan inencontrables —dije perdiendo la paciencia—. ¿Por qué no tratamos de una vez el asunto?

Steiner inspiró profundamente y echó una mirada a su reloj de pulsera, un Zenith con esfera de cobre que debía de tener más de setenta años. Luego se puso en pie y, sin soltar el bastón, anunció:

—Ya es hora de cenar. Le propongo que lo hablemos en un restaurante al que me he aficionado últimamente. ¿Me acompaña? Mi experiencia como galerista me dice que los negocios fracasan sin una buena mesa.

—De acuerdo, pero necesito estar de vuelta antes de medianoche. Tengo pendiente una conversación con mi hija.

—Y la tendrá —repuso dándome la espalda mientras le seguía—. Si no logra reunirse con ella, siempre pueden hablar por teléfono. La tecnología también sirve para eso.

Mientras bajábamos los escalones, me entraron ganas de patear el trasero de aquel alemán resabiado. Sin embargo, ya había perdido demasiado tiempo para no saber al menos cuál era el negocio. La curiosidad mata al gato y a los periodistas incautos.

Tras sortear las esculturas cubiertas con sábanas, Steiner abrió la puerta de la calle y dirigió una última mirada al interior. Con expresión melancólica declaró:

—Tenía usted razón al decir que nada de esto es inencontrable. Son piezas que entran y salen para mantener viva la

galería, «hacer hervir la olla», como dicen los catalanes. Lo que le voy a plantear esta noche... eso sí es un reto. Espero que no haya perdido el olfato, porque va a meter las narices en uno de los mayores misterios del arte moderno.